

## Outsider

**L**o único que quería hacer después del partido era volver a la caleta, sacarme las medias y meter el pie en una lavacara de agua caliente, con harta sal. “Si en lugar de hacerle el túnel al backcentro del Gremio probaba puntería al arco, no me clavaban tan salvaje guadañazo”, iba lamentándome. Pero, para qué también, cuando la pisé y giré y me colé entre dos volantes y salté con el balón y el stoper –que se había barrido con los pupos en alto- pasó de largo, los pocos panas que habían ido a vernos al estadio de la Ferroviaria empezaron “ole, ole, ole”, y me acaramelé.

Pero cuando llegué, casi sin poder asentar el talón, encontré a mamá llorando en la cocina. Por un momento pensé que era a causa de las cebollas que rebanaba sobre la carne que guardamos para los domingos, pero no bien le pregunté cómo estaba, supe que hecho mierda; ¡no veía que mi taita se había vuelto a escapar con el pretexto de ir a comprar una Coca-Cola!

“¡Mucha pena pero yo no salgo a buscarlo!”, iba a decirle, pero me dolió verla sin ánimo de quitarse el único vestido decente que guar-

daba para misa de domingo. Y es que cada vez que al viejo le daba por chupar, regresaba a los tres días, como salido de una mina de carbón, tembloroso y endeudado, pues no dudaba en gastarse de contado lo que a cuotas le daban los clientes de la fábrica para la que vendía desinfectante para escusados. Qué chucha que mi vieja tuviera que ir a la tienda a fiar algo para la olla, que no pudiera dormir pensando de dónde sacar plata para los pasajes de mis ñaños.

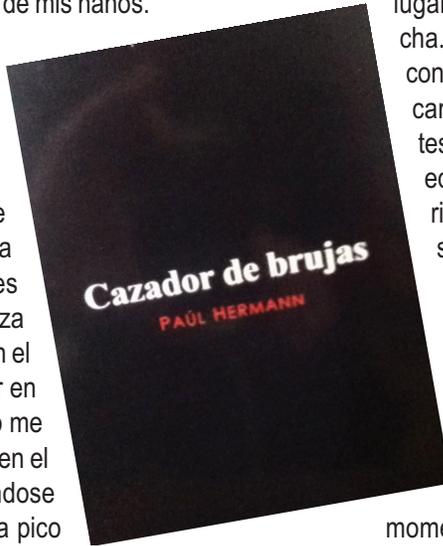
Así que, adolorido y todo, salí diciéndole que se tranquilizara, que por ahí ha de estar, que volvía en seguida, pues tenía la esperanza de encontrarlo en el campito de indor en el que de pelado me creía Maradona en el Azteca, mandándose media de trago a pico de botella mientras veía a los panas del barrio jugar contra los roscas pataeplayos que los fines de semana salen de sus cuartos pulguientos, apestosos a

pecueca, a intentar ganarse las cervezas... “¿Vamos una jaba o jugamos por deporte?”, preguntan haciéndose los dignos antes de sacar de media cancha. “¡Vamos la jaba!”, responde alguien de su mismo equipo antes de que algún chiro se ahueve y les proponga que por sudar un chance nomás.

Al verme llegar, el Topo Carrión pensó que quería jugar y le pidió a alguien que me cediera su

lugar en la cancha. “¡Oigan, no; con ese man se cargan!”, protestaron los del equipo contrario mientras su arquero corría a buscar la bola tras la valla. ¡Y para qué también!, por un

momento olvidé que el entrenador de la Liga me había dejado afuera de la juvenil por falta de talla y me sentí como cuando regresaba al barrio vaciando la sudadera del equipo. Así



que me agrandé y les dije que no se preocuparan, que sólo había bajado a buscar a mi viejo. “¿Lo han visto...?”, pregunté. “Por aquí no ha venido”, me contestó el Topo mientras corría a rechazar de cabeza una bola aérea. “Qué mierda!”, suspiré del despecho y me pregunté si no sería conveniente ir a buscarlo a las cantinas de Chimbacalle, el barrio del que salió cuando se casó con mamá, pero al que siempre regresa cuando la vida le gana una partida. Ahí, con tal de que pague los tragos, los canallas en que se han convertido sus amigos de juventud siempre están dispuestos a escucharlo hablar de cuando era futbolista.

Pero como también era posible que estuviera en un chongo de la 24 o en una cantina de la Marin o de San Blas o de la Plaza del Teatro, y yo estaba rechiro y superadolorido, decidí regresar nomás a la casa.

A media cuesta vi un grupo de mujeres no tan jóvenes que bajaban a jugar fulbito, uniformadas con pantalones azules y casacas y calcetines amarillos, y me dieron

gananas de decir ¡qué mierda!, esas pobres, si sus maridos las llevaran a comer al peor de los salones no protestarían al encontrar cucarachas en la sopa; si las sacaran a pasear, aunque sea a La Alameda, no dudarían en ser ellas las que remen los botes esos a los que hay que sacarles el agua con un balde, pero, en cambio, ha terminado por adoptar hasta los gustos de sus maridos convencidas de que así es la vida de los pobres. Aunque pensándolo bien, consideraré que la verdadera pobrecita era mi vieja; todo es guisar ella, planchar ella, zurcir ella, desear ella la vida de las novelas que mira en la tele que en entre todos los de la casa sacamos a crédito para ver los goles del domingo.

Casi llegaba cuando me topé con el Camioncito Correa.

-¿Qué fue, Capi? –me saludó mientras abría la puerta de su casa- Tu viejo te andaba buscando.

-¿Mi viejo...?

-Sí loco, está abajo, en El Fuera de Juego, mandándose bielas con los cuchos del pasaje.

-¡Ah, bacán!, me voy para allá entonces –me despedí con la mano. El Fuera de Juego es un salón de focos amarillentos, mesa de vinil y sillas de cuero sintético que un vecino pastuso ha montado en el primer piso de una casa en eterna construcción, para que la gente del barrio tenga donde ir a chupar y a jugar fútbolín y billar al volver del trabajo.

Encontré al viejo bebiendo cerveza con dos vecinos a los que apenas conocía. Tenía los ojos rojos, el cabello desordenado y la camisa desabotonada hasta medio estómago.

-Hola, papá.

-¡Ve! ¡Este es mijo! –alargó el brazo como para abrazarme- Estaba jugando en la juvenil de la Liga pero el hijueputa del Armijos los sacó dizque por falta de porte. Pero qué importa mijo –continuó tomándome de la cintura-, en las barriales les haces un toque a todos esos malos.

“Siempre que estás borracho dices lo mismo, pero bien que en el fondo consideras que soy un maricón al que le faltaron huevos y no

talla para ascender a primera y sacarte de la pobreza”, estuve a punto de soltarle de una puta vez, pero uno de los tipos de la mesa me interrumpió para preguntarme que de qué jugaba.

-De volante –le contesté de mala gana y le dije a mi viejo que ya, que era arde y que mi mamá nos estaba esperando para almorzar. Y mi viejo: “No mijo, no jodas, todavía es temprano, tomáte una cervecita mejor”. Y yo: “No, papá, mi mamá está cabreada, vamos a la casa”. Y mi viejo: “Luchito, traígase unas tres cebadas”. Y yo: “Papá por favor”. Y mi viejo: “No me jodas el único día libre que tengo a la semana, y tomáte tu biela, salud”. Y yo: “Salud...” Pero en el fondo, pensando: se acaban las bielas y nos vamos; ojalá chupando se me pase el dolor del tobillo.

Pero hablando de los goles que la Liga le clavó al Emelec en la final del 98 se acabaron las bielas y mi viejo pidió tres más, y los manes que estaban con nosotros, para no quedar mal: “Una jaba mejor traígase, Luchito”. Y yo, diciéndole con la mirada: ¡qué verga!, para chupar si tienes, pero cada vez

que mi vieja te pide una crema o un tinte para el pelo, le preguntas que si cagas plata. Así que me puse de pie, lo tomé del brazo y le dije que ya estaba bien, que mamá debía estar desesperada.

gratis, y en lugar de invertir, se chupó la plata, lo que a la larga también lo dejó afuera de las canchas. Así había sido mi viejo, un outsider en la cancha y en la vida...

Entonces, los manes de la mesa me pidieron que me fresqueara y me sentara y que, en todo caso, si estaba preocupado, fuera a la tienda a llamarle a mi vieja. Pero mi viejo me dijo que si hacía eso lo cagaba. ¿No veía que era capaz de salir a buscarnos? Y, “siéntate hijo”, me pidió en tono de súplica, y a mi como que me dio pena y lo obedecí, pues, a fin de cuentas, el único momento en que mi viejo era feliz, era cuando hablaba de fútbol. Y es que de joven, mi viejo jugó un par de temporadas en el Quito; Pito Freire lo llamaban, porque cuando algún delantero lograba burlarlo, imitaba el silbido del árbitro y detenía la jugada. Había sido rebueno mi viejo, pero como todo futbolista salido de potrero, no podía creer que le estuvieran pagando por divertirse, por hacer algo que él habría hecho incluso

Así que en lugar de bielas, que siempre lo tienen a uno mea y mea, sugerí que nos mandáramos un frasco de ron con cola. “Simón, de una, qué nos vamos a estar engañando”, contestó mi viejo encantado, y empezamos a darle duro y parejo mientras recordábamos, cada vez más entusiasmados, los partidos que había jugado la Selección en el mundial Japón-Corea. Y cuando mi viejo se puso de pie para recordarnos cómo la había chuteado Edison Méndez cuando le clavó el gol a Croacia en el estadio de Saporó, el balón de los manes que estaban jugando voló en la calle le llegó a los pies. Fue entonces que empezamos a retirar las mesas, hicimos arcos con sillas y, hecho mierda de borrachos, nos pusimos a meterle goles a la vida por más arqueraza que esta sea...

\* **Paúl Hermann.** Licenciado en Comunicación Social y Magister en Literatura Hispanoamericana. Se ha desempeñado como editor de las revistas *La Casa* y *Casa Palabras*. Coordinó la sección Cultura de diario *El Telégrafo*. Ha colaborado con publicaciones como *CartónPiedra*, *Gkillcity*, *Labarraespaciadora*. Ha ejercido las cátedras de preceptiva literaria y de redacción periodística en la Escuela Politécnica del Ejército y en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador. Ha publicado los libros de cuentos: *Puntos de Fuga* (2001) y *Cazador de Brujas* (2008); la novela: *El Danubio Azul* (2012), y el libro de entrevistas: *Patente de Corso* (2012). Cuentos de su autoría forman parte de diversas antologías. Ha participado en las ferias de libro de Ceará, Brasil (2009); Caracas (2010), Quito (2013 y 2020) Actualmente coordina la Carrera de Comunicación Digital en el Instituto Superior Tecnológico para el Desarrollo, Ispade, y coedita la revista *Caracteres*.